

# Grandes palabras de la cruz

## (segunda parte)

2ª Corintios 5.17-21

*«... que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación» (2ª Corintios 5.19).*

### «RECONCILIACIÓN»

La salvación fue por sustitución y es por sustitución. El objetivo de la sustitución es la reconciliación. Despejemos nuestras mentes de todos los prejuicios e ideas preconcebidas relacionadas con la reconciliación, de modo que podamos retomar el camino desde el principio a medida que recorremos el proceso de ella. Debido a la importancia que tiene, asegúremonos de entenderla bien.

El perdón está «de moda» en estos tiempos. A los niños se les enseña a decir «Lo siento», sin pensarlo, sin meditarlo, sin arrepentimiento y sin remordimiento. El disculparse está «de moda»; la confesión de responsabilidad «no lo está». Las Escrituras enseñan arrepentimiento profundo. La expresión «disculparse» ni siquiera se encuentra en las Escrituras.

Imagínese dos personas que son amigos íntimos, y que luego la relación entre ellos sufre una ruptura. Para que se reconcilien, hay que restaurar su relación a la condición anterior. Con la reconciliación, lo que se había perdido, es hallado; lo que estaba muerto es revivido; y el pecado es perdonado. ¿Cómo puede realizarse lo anterior? En primer lugar, el ofendido debe desear esta restauración más que todo lo demás. En segundo lugar, el ofensor debe desear esta restauración más que todo lo demás. La sociedad de nuestros tiempos solo desea ser libre de responsabilidad. *Ambos* el ofendido y el ofensor deben estar dispuestos a pagar el precio que sea por la restauración. ¡Debemos entender esta verdad!

El perdón no consiste en dejar de pelear, no obstante viviendo por separado. La reconciliación no es «Guerra Fría». Demasiados pecadores desean perdón sin reconciliación. Desean ser libres de responsabilidad, pero no desean ser restaurados. Ser perdonados significa que podemos ser reconciliados y que podemos llevarnos bien otra vez.

En cierto sentido, el ofensor está a merced del ofendido. El texto nos dice que Dios nos reconcilió consigo mismo en Cristo. Dios reconcilió al mundo consigo mismo; Dios no se reconcilió a sí mismo con el mundo. ¿Quién realizó el primer movimiento? ¡Dios lo realizó! ¡Jesús murió por mí antes que yo me arrepintiera! ¡Dios proveyó perdón para mí (por el evangelio) antes que yo naciera! ¡Dios desea que los pecadores vuelvan! No obstante, los pecadores deben desear ser llevados de vuelta. El hombre está eternamente perdido a menos que Dios actúe. Somos Sus enemigos, ¡pero podemos ser reconciliados! ¿Quién actuó primero? ¡El amor respondió primero!

- El perdón es imposible sin la gracia del ofendido.
- El perdón es imposible sin el arrepentimiento del ofensor.

Solo se necesita *uno* para perdonar. Se necesitan *dos* para que haya reconciliación. Uno no puede ayudar a un hombre que no se ayuda a sí mismo. El perdón es un acto antinatural. El ofendido no desea pagar el precio; el ofensor no desea arrepentirse. No obstante, los dos deben hacer *ambas* cosas para reconciliarse. Si el perdón no lleva a la reconciliación, el perdón fracasa.

El perdón no es el fin (tal como lo cree nuestra sociedad); antes, el perdón es el medio, y la reconciliación es el fin. No es que el perdón sencillamente nos libre del castigo; sino que también, nos permite restaurar una relación rota.

### **LAS LEYES DEL «PERDÓN»**

Shakespeare dijo: «Ser, o no ser, he allí la cuestión».<sup>1</sup> Las Escrituras dicen: «Perdonar, o no perdonar, he allí el asunto». Yo debo perdonar. Yo debo ser perdonado. Estos son los grandes asuntos de la vida. El perdón es el puente sobre el cual todos debemos andar. ¿Qué hacemos cuando perdonamos? ¿Qué hacemos cuando aceptamos perdón? Pablo dijo: «... Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo» (Efesios 4.32). El perdón comienza con la benignidad. ¡Sea benigno primero! Luego practique las leyes del perdón. ¿Cuáles son?

*La primera ley:* Los que no perdonan no pueden ser perdonados. Lea la oración de Jesús en Mateo 6.12–15; Mar-

---

<sup>1</sup> William Shakespeare *Hamlet* 3.1.56

cos 11.24–26; Lucas 11.4. (Vea también Mateo 18.35; Lucas 6.37; 2ª Corintios 2.7.) ¡No se conforme con leer la teoría; comience a poner en práctica lo leído! Nuestro propósito fundamental debe ser aprender a perdonar. ¡Sea usted el primero en perdonar!

*La segunda ley:* El ofendido debe perdonar, ¡aunque sea solamente por motivos de salud mental! Cuando uno no perdona, puede llegar a amargarse, a ser cruel y a llenarse de enojo. El pasado no debe gobernar el futuro. Cuando uno no perdona, vive en cadenas. Si uno espera hasta que el ofensor se arrepienta, puede desperdiciar toda la vida esperando. Una vez que usted perdona de corazón, la ofensa dejó de ser el asunto primordial, se arrepienta o no el ofensor.

*La tercera ley:* No puede haber perdón sin arrepentimiento. La silla y el plato que pertenecían al hijo pródigo, estaban allí, aun cuando este se encontraba en la provincia apartada (Lucas 15); sin embargo, él tenía que arrepentirse y volver para usarlos. El pródigo salió de la casa para pecar; para ser perdonado, debía dejar de pecar y volver a casa (Lucas 15.11–24). Uno no puede tener perdón mientras viva en la provincia apartada y esté pecando. El perdón estaba allí, el perdón no merecido, aunque incondicional, de Dios. El padre no podía obligar al pródigo a volver. Dios no puede salvarnos, sino hasta que se lo permitimos.

Los inocentes no necesitan perdón; necesitan ser defendidos y vengados. Los pecadores no son inocentes. Los pecadores no son víctimas. Debemos aceptar total responsabilidad por nuestro pecado. Debemos reconocer la culpa: «Yo lo hice». Lea Salmos 51. Después debemos arrepentirnos (cambiar). Puede que alguien diga: «No tiene importancia». ¡El pecado, la ofensa y la traición son

importantes! ¡Los pecadores son quebrantadores!

El pecado debe ser enfrentado. ¿Se acuerda de Pedro? Él estaba dispuesto a perdonar hasta siete veces (Mateo 18.21–35). ¡Jesús multiplicó esta cantidad por setenta! Jesús mismo usó el número «siete» en Lucas 17.3–4. Pedro estaba oyendo; pero no estaba pensando, ni aprendiendo, ni poniendo en práctica. Nada es demasiado grande ni demasiada cantidad para perdonar (Mateo 18.21–35). Al mismo tiempo, el perdón no es licencia para pecar (Gálatas 6.7).

La reconciliación es más que el perdón. Reducir la salvación al perdón solamente, equivale a privarla de su plenitud. El arrepentimiento no es simplemente volverse del pecado, también implica volverse a Dios. El pródigo podía haber sido perdonado; y sin embargo, haber sido hecho esclavo. Dios desea hijos, no esclavos (Lucas 15). Los pecadores no pueden hacer realidad su reconciliación, pero pueden rechazarla cuando Dios la ofrece. ¡La actitud popular del que dice «No estoy aquí para juzgarte» debe ser revisada! El arrepentimiento implica juicio del pecado. No nos ocuparemos del juicio, el arrepentimiento y el perdón mientras no veamos el pecado como lo ve Dios. Nunca es muy pronto para el arrepentimiento, pero sí puede llegar a ser muy tarde.

*La cuarta ley:* El perdón no garantiza un futuro indoloro. El pecado perdonado aún tiene consecuencias. El tiempo y el olvido no constituyen perdón. Dios deja de recordar nuestros pecados (Jeremías 31.34; Hebreos 8.12; 10.17), pero esto no significa que a Él le dé «amnesia espiritual». El pecado tiene consecuencias. El recién nacido del rey David, murió. El Israel perdonado fue castigado. Jerusalén fue «dejada limpia como un plato» (en el 70 d. C.). Los pecadores siguen teniendo pesadillas. «... mi

pecado está siempre delante de mí», escribió David (Salmos 51.3b).

El perdón es un regalo; sin embargo, es lo más costoso que hay sobre la tierra (Romanos 5.10). Regalos como el perdón han de ser recibidos con humildad y disfrutados en gran manera. Solo cuando aceptamos nuestro perdón, es que amamos como podemos y como debemos (Lucas 7.36–50). El perdón no es olvido; es comenzar nuevamente.

*La cruz...  
¡no hay otro camino!*

Autor: Charles B. Hodge, Jr.  
©Copyright 2008, 2008, por LA VERDAD PARA HOY  
Todos los derechos reservados